

SANTIAGO
RUSIÑOL

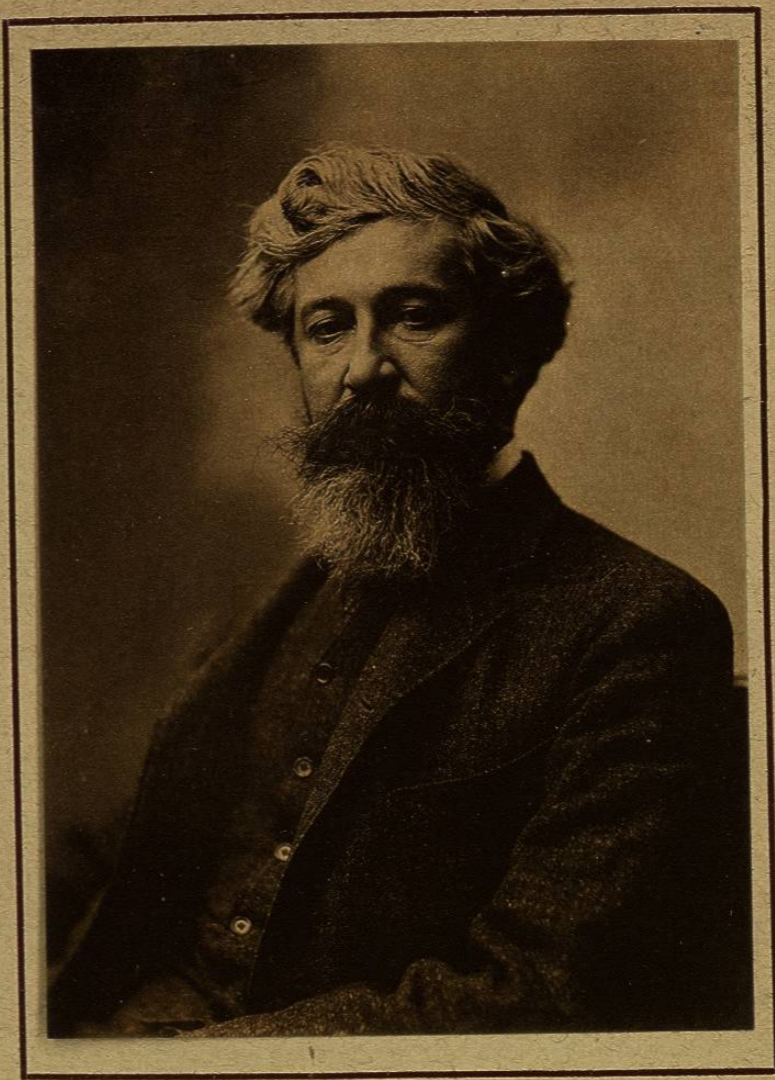


LIBRERIA CERVANTES
ALLENDE Núm. 8
Tel. Ericsson 100-81
México, D. F.
PARTADO Núm. 1004

SANTIAGO
RUSIÑOL



TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
CERVANTES, 28-MADRID



SANTIAGO RUSIÑOL

863
R.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO DE ESTUDIOS RUBIAS

SANTIAGO RUSIÑOL Y EL ENCANTO ENTRAÑABLE DE SUS JARDINES

EL jardinero nómada, y los jardines quietos. El alma, viajera; el cuerpo, infatigable; el espíritu, en constante movilidad; el ingenio, eminentemente ciudadano y noctámbulo; la sal de la vida en el corazón mismo de París. . . y con todo eso, el fruto supremo de la vida — es decir, la obra de arte —, en los más callados, vetustos, serenos, casi moribundos rincones de España.

Rusiñol es el hombre de las grandes ciudades, de las luces eléctricas, de los cafés hormigueantes, ruidosos y ahumados; el hombre del tabaco, del ajenjo, de la conversación y de la media noche. . . que casi siempre llega hasta la madrugada; y el encanto de su obra pictórica está hecho, precisamente, de paz y de aire puro, de serenidad entre calladas frondas.

Este poeta, enamorado impenitente del nocturno París de Montmartre, es el pintor maestro de esos laberintos de

mirto y arrayán que aún guardan en España el secreto de la pereza mora, de esos contempladores cipreses mediterráneos, de esas aguas dormidas en los estanques de los jardines viejos. Esto, dicho sencillamente y sin comentario, parece indicar una contradicción y sugerir la idea de que hay en Rusiñol dos almas y dos vidas: una, la ruidosa, bohemia y noctámbula, acaso artificial y desequilibrada; otra, la silenciosa y productora, la que responde al llamamiento íntimo, serena como una oración, un poco expiatoria del frívolo pecado de amor a la artificialidad ciudadana. Con este elemento de «la contradicción» por base, bien pudiera hacerse un estudio de tremendo interés psicológico, con su granito de «tragedia íntima» y su quintaesenciado «conflicto espiritual»; y, trasladando el sutil tormento del alma del pintor «partida en dos», a su obra, bien pudiera explicarse el por qué estos jardines quietos, que tan maravillosamente pinta, llevan en su misma serenidad un tormento escondido, esa ansiedad que se comunica inevitablemente al alma del contemplador, ese algo como ensueño de un sueño que no llegó a cuajarse, como emoción deshecha en el instante mismo de pasar desde la sensación a la conciencia. Si; de este modo se explicaría, acaso luminosamente, el encanto extraño, mágico, aluci-

nante, de esta pintura que logra producir emoción sobrehumana, prescindiendo deliberadamente de todo elemento de humanidad.

Pero, ¡ay de nosotros! Esta explicación curiosa, luminosa, sutil y verosímil, tendría el ligero inconveniente de ser absolutamente embustera; dejémosla, por consiguiente, para los críticos de dentro de tres siglos, que no estarán obligados a saber la verdad, y mucho menos a ajustarse a ella con honradez contemporánea, y digamos con toda sencillez: No hay hombre más equilibradamente humano que este desconcertante e inquietante artista. No hay espíritu más sereno y libre de la tortura del conflicto, más absolutamente «uno consigo mismo». Pocas veces se habrá encontrado alma mejor avenida con la carne que le cupo en suerte, y pocas también un alma y una carne unidas en la maravillosa combinación que hace de ellas un ser humano, se habrán sentido instaladas tan a su placer en la tierra que el orden del Universo les asignó por morada. Santiago Rusiñol lleva más de medio siglo viviendo en plena y gloriosa conformidad con su destino, y éste, acaso, es el secreto de su arte. Es él un ejemplar modelo de la especie humana, y todas sus «manifestaciones» son igualmente naturales y libres de tortura. De cuanto la vida le

ofrece, goza con la misma espontaneidad, porque — estoy seguro — tan plenamente normal le parece el colorete en las mejillas de una deliciosa chiquilla parisién, como el carmín de un pétalo de rosa. No le estorban barreras ni clasificaciones para el goce de la belleza, de la exquisitez, de la perfección triunfante o de la graciosa imperfección, dondequiera que las encuentre. No tiene prejuicios ni cree en escuelas; no hay convencionalismo al que conceda la beligerancia de limitar el horizonte libre de su admiración o de su fantasía. Lo único que aborrece cordialmente — puesto que es cordial hasta en la abominación — es la «pose», la mentira, la afectación en cualquiera de sus manifestaciones. Cree en sí mismo y en cuanto le rodea; goza del presente en la contemplación; del pasado, en el recuerdo; de lo que está por venir, en la imaginación. Va siempre con los ojos abiertos, dispuesto a ver, sin pararse a mirar deliberadamente desde ningún «punto de vista» preconcebido. Y como mira con buena fe absoluta, encuentra natural, sencilla, inevitablemente, el secreto detrás de la apariencia, el misterio de la esencia escondido en la forma.

He pasado con él muchas horas, entre mucha gente: su regocijado y comprensivo mirar dejaba traslucir el goce intelectual de una expectación siempre alerta, siempre com-

placida, siempre piadosa y generosamente irónica: no hay bondad que le sorprenda por inesperada, ni maldad que por inesperada le indigne. Parece siempre estar en el secreto... Y no con superioridad de dómine o maestro, sino con una especie de compañerismo imparcial, como si su entendimiento fuese un eco inteligente.

He pasado también muchas horas viéndole pintar: la misma sonrisa de atención iluminada, frente a los árboles, que frente a los hombres: aquí sus ojos, como allí sus oídos, espejos conscientes y escrutadores; la misma curiosidad insaciable, mas una luz en la frente de inenarrable felicidad. Este tormento de la creación en él parece únicamente gloria, florecimiento, función normal. Diríase que la mano que sostiene el pincel está en comunicación, que casi es arraigo, con las fuerzas ocultas de la naturaleza; es verdaderamente hermoso de mirar, como árbol fuerte; como bien asentada colina, como mar sereno. De plata el cabello, de plata la barba fuerte, rodeado de frondas, envuelto en ellas... la hoja que cae de aquel laurel o de aquel mirto se enreda en sus cabellos y le corona paganamente, como a un inmortal; todo el jardín, todo el paisaje, le cuenta sus secretos. No he visto, no he podido jamás imaginar penetración más absoluta y eficaz. La tierra reclama por

suyo y envuelve como suyo, anulándole a un tiempo y exaltándole, a aquel hombre que la está «retratando». Y el ciprés le dice el misterio de su alma absorta y contemplativa, y el sauce le explica entrañablemente por qué se estremece el agua del estanque al contacto incorpóreo de su sombra.

Y no necesita por esto, el pintor brujo, hacer intervenir en su arte elementos personales para emocionar entrañablemente: su emoción es la emoción misma de la tierra..., y todos estamos hechos de barro. Su poder de sugestión tiene razones cósmicas más hondas que la misma raíz pasional, porque son anteriores a ella. No hay que olvidar que el primer hombre, según teologías y mitologías, al salir de las manos del Creador, ya formado y perfecto, fué tierra un instante, únicamente tierra, antes de recibir el soplo animador del espíritu... y estuvo yacente en la tierra, formado de ella, sacado de ella, esperando a su alma... Por eso, cuando suena la voz de la tierra, la oye con una entraña aún más entraña; es decir, más íntima e interior que cuando suena la voz misma de la carne hermana y semejante. Por eso, al sentir la punzada del dolor, o en el cuerpo o en el alma, el hombre inevitablemente se acoge a la tierra, en ella se tiende, en ella reposa... En la extrema miseria, en la agonía insostenible, a la tierra va el

cuerpo, desplomándose con atracción incoercible: allí está su descanso, porque allí está su origen.

Estos jardines vetustos que Rusiñol elige como tema preferente para su inspiración, están precisamente despojándose, a fuerza de vejez y de abandono, de su elemento humano, la premeditación del hombre que los trazó, para volver a unirse con la tierra madre. Las arquitecturas se derrumban, las esculturas se desmoronan, el ciprés se carcome en las glorietas, el agua se evapora en los estanques o se filtra a través de las grietas de las tazas. Silenciosamente, la naturaleza vuelve a apoderarse de lo que es suyo... Hay un tenaz proceso dramático, que parece muerte, y en realidad es triunfo; los jardines se extinguen ahogados por la vida que no muere, o, mejor dicho, se tienden al morir, acogiéndose al regazo de la madre tierra y envolviéndose en su manto piadoso...

Ved ahora con qué gozosa humildad ha trasladado al lienzo este contemplador la tragedia consoladora. (Todas las tragedias verdaderamente dignas de este nombre tienen — bien lo sabéis — por efecto y virtud aquietar el alma de quien las contempla.) Ésta, prodigiosamente eternizada en el lienzo, serena y encalma al que humildemente la mira, en fuerza de piadosa emoción.

Mirad los cuadros del pintor-poeta. No veis en ellos, seguramente, «intención», «afectación», «lección», ni «pretensión». Veis sinceridad. Mucho se ha dicho literaria y hasta literatescamente de su crepúsculo, de su aire violeta, de su melancolía. Se ha hecho, de este modo, a la pintura de Santiago Rusiñol una reputación un poco decadente. Yo no lo creo así. Fuera de toda técnica, que no puedo ni quiero juzgar, porque no es el pintar mi oficio, y estoy convencido de que el único crítico aceptable para un arte es el maestro y dominador absoluto de ese mismo arte, fuera de toda técnica, no me avengo a encontrar en ellos decadentismo de ninguna clase. Sutileza, si, pero penetrante y leal, aguda como acero y flexible a fuerza de buen temple. Se nos entra en el alma, cierto es, sin sacudidas ni violencias, sin duda como entró el alma en la carne para hacernos hombres, como amanece sobre la sierra o se hunde el sol, en el mar, al ponerse. . . pero, ¿por ventura es la violencia la mejor señal de la vida fuerte? No: la convulsión casi siempre es indicio de disolución próxima. La vida plena es serenidad.

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.

LOS JARDINES DE ESPAÑA

A SANTIAGO RUSIÑOL

I

Lo hiciste bien, buen hijo: lánguidamente triste
junto a la madre muerta tu ofrenda depusiste,
besaste con tu espíritu su sepulcro de piedra
y le hiciste ornamento de cipreses y yedra.

Lo hiciste bien: tú, ansioso de una patria grandiosa,
buscador de una tierra soñadora y gloriosa,
lo hiciste bien: debajo de la luz que los baña,
tus «Jardines de España» son la vejez de España. . .